

Sobre cartas y lectoras. Dos misivas inéditas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, mecenas de sor Juana Inés de la Cruz

por *Beatriz Colombi*
(Universidad de Buenos Aires)

RESUMEN

Susana Zanetti se abocó como crítica al universo femenino y a la escritura íntima en la literatura latinoamericana, como parte de sus profusos intereses intelectuales. Su impronta está presente en este trabajo que analiza cartas inéditas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, la mecenas de sor Juana Inés de la Cruz, de reciente hallazgo y publicación (Calvo-Colombi 2015). Las cartas de María Luisa permiten ingresar en el universo íntimo y personal de la virreina, como así también conocer los intereses mundanos e intelectuales de esta noble española, inmortalizada por los escritos de la monja mexicana.

SUSANA ZANETTI – MARÍA LUISA MANRIQUE DE LARA Y GONZAGA – CARTAS – SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

En un trabajo de 1997 titulado “Lectores, lectoras, lectura en la novela de entresiglos”, primer esbozo del libro que tiene en mente, Susana Zanetti encabeza su artículo con el fragmento de una carta de Juana Baudrix a su tío, Diego Barros Arana, en el que le comenta detalladamente sus variadas lecturas, desde *El Quijote* hasta *El médico de San Luis* de Eduarda Mansilla. La carta de una lectora se convierte en un poderoso estímulo para Susana, que buscaba por aquellos años testimonios sobre los hábitos lectores y el consumo, circulación e intercambio de libros en correspondencias, memorias y diarios personales. Con referencia a las cartas privadas, documentos fundamentales para encontrar este tipo de referencias, señalaba en esa oportunidad: “Destruídas, casi siempre arrumbadas entre viejos trastos, pocas cartas familiares se han conservado en los archivos para poder atisbar, (como en la recién citada), el mundo de la lectura en su singularidad, en su cotidianeidad.” (1997: 125). El fragmento apunta a los problemas que la ocupaban a mediados de los noventa, cuando preparaba el libro más señero de su trabajo crítico, *La dorada garra de la lectura*.

El primero de esos temas era el archivo latinoamericano, la importancia de la reconstrucción de una biblioteca americana, preocupación esta última que se remontaba a su etapa de editora, y la paralela reflexión sobre el canon y el asincronismo entre escritura, publicación y lectura que consideraba propia del campo continental. El segundo problema iba de la mano del primero, ya que lo que buscaba en ese virtual archivo eran, precisamente, estas alusiones de los lectores a sus lecturas, indagación que hará extensivo a la ficción novelesca. Su objetivo era construir una historia de ese personaje poco atendido hasta entonces en nuestra historia cultural, el lector o la lectora. Recordemos su persistente interés en la obra de Juan María Gutiérrez, cuya colección y edición de epistolarios y archivos frecuentó en la Biblioteca Nacional del Congreso de la Nación. Un capítulo de su dorada garra se titula, precisamente, “El archivo”. En este apartado, distinto en su enunciación al del resto del libro, Susana ficcionaliza la voz de Gutiérrez fundida con su propia enunciación de modo que al leer el pretendido monólogo del célebre crítico, leyéramos al mismo tiempo su voz. En este texto, Susana llama a Gutiérrez “coleccionista”, “urdidor de patrimonios”, atributos que bien podrían ser aplicados a ella misma, incansable recolectora de los textos latinoamericanos. Para completar el gesto, en el mismo apartado despliega una historia de la poesía latinoamericana a través de fragmentos de la poesía continental, desde Darío a Saer, en un arriesgado *cut and paste* con el que construye su propia “América poética” para acentuar el buscado paralelismo con Gutiérrez. Con este gesto Susana planteaba una vez más a la literatura y a la crítica

literaria como una gran cadena de diálogos y entrecruzamientos de escritores entre sí, de críticos entre sí.

Pero su investigación se potenciaba cuando Susana se acercaba al mundo femenino, donde los documentos eran más escasos y el desafío, por eso mismo, aun mayor. Abordó así, en distintos trabajos, *Ifigenia* de Teresa de la Parra, las cartas de Carmen Arriagada, el diario de Soledad Acosta de Samper o la obra de sor Juana Inés de la Cruz. Todas le ofrecían diferentes niveles de intromisión en un tema que le entusiasmaba: la escritura de la intimidad. Con la última escritora, en particular, se relaciona mi trabajo. Durante el gran auge de los estudios sorjuaninos de la década de los 90, coincidente por el aniversario de los 300 años de la muerte de la poeta mexicana en 1995, Susana desembarcó con las lecturas más recientes sobre la obra de la monja que provenían del campo del feminismo, los nuevos estudios coloniales y los renovados estudios textualistas. No podría resumir aquí su contribución al sorjuanismo vernáculo, no es la ocasión ni el motivo de este trabajo, pero sí decir que Susana fue una gran “urdidora” del patrimonio crítico de la insigne poeta mexicana, como lo había sido el propio Gutiérrez, en cuya biblioteca, conservada en el Congreso de la Nación, podemos todavía ver una primera edición de la *Inundación castálida*; testimonio de su lectura es el trazo de un lápiz rojo en varios fragmentos.

En una investigación que emprendí hace ya más de dos años rescaté cartas inéditas del universo novohispano muy significativas ya que iluminaban las redes de mecenazgo, sociabilidad y amistad en el mundo sorjuanino, ella misma autora de cartas públicas y privadas de trascendental importancia. Se trata de dos cartas inéditas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, recientemente publicadas en coautoría, con el título *Cartas de Lysi. La mecenas de sor Juana Inés de la Cruz en correspondencia inédita*. En ellas, la mecenas de sor Juana se nos muestra, por primera vez, como un sujeto en su intimidad. María Luisa sale así de su función de musa inspiradora y objeto de representación de la pluma de su protegida, para ser redescubierta en un nuevo rol de sujeto de enunciación y también de representación, ya que esboza, en una de las cartas, una precisa estampa de la poeta mexicana, a la que me referiré en este trabajo.

Las cartas privadas son, particularmente, un espacio de despliegue de la intimidad. Orest Ranum define a la intimidad como el “espacio del universo de la imaginación de cada persona, espacio de las relaciones entre dos interioridades que constituyen las intimidades de los tiempos modernos.” (1989: 211). Me interesa esta definición ya que contempla una doble inflexión de lo íntimo: tanto el ámbito exclusivamente personal, como la interacción “entre dos interioridades”. El género epistolar se construye en este terreno de reciprocidad con otra intimidad. Ranum sugiere que el encuentro de intimidades tiene al menos tres dimensiones para su manifestación (1989: 213). Uno, serían los lugares propicios para las relaciones sociales con otra persona, como espacios físicos, jardines, salones, bibliotecas, *cabinet*. Otro, lo que el autor llama de *objetos-reliquia*, los cuales están “dotados del poder de recordar los amores y las amistades”, como sortijas, camafeos, peines, adornos, objetos en sí mudos, pero cuyo sentido elocuente está cifrado por las personas que los comparten. Por último, Renum habla de las huellas, que entiende como todas aquellas representaciones “en imagen o por escrito, de la existencia íntima”, es decir, aquello marcado ya sea por la imagen personal o por la escritura. Proponemos pensar el género epistolar dotado de estas tres dimensiones: como un espacio (metafórico y móvil) de relación de intimidades, como un objeto-reliquia (más allá de su inscripción escrituraria, la carta se conserva como un objeto-recuerdo cargado de sentido ya que ha estado en contacto con otro cuerpo), y como huella, en tanto preserva la representación de un yo. Si buscamos la palabra reliquia en el Diccionario de la Real Academia encontraremos que remite, simultáneamente, a fragmento y a cuerpo.¹ La letra es lo más cercano a

¹ (1. f. Residuo que queda de un todo. U. m. en pl. 2. f. Parte del cuerpo de un santo. 3. f. Aquello que, por haber tocado ese cuerpo, es digno de veneración. 4. f. Vestigio de cosas pasadas. 5. f. Persona muy vieja o cosa antigua. Ese coche es una reliquia. 6. f. Objeto o prenda con valor sentimental, generalmente por haber pertenecido a una persona querida. 7. f. Dolor o achaque habitual que resulta de una enfermedad o accidente).

la corporalidad, o al menos, a un fragmento significativo de esa corporalidad, como lo es la mano, llegando a ser una sinécdoque de la persona.

Las cartas de María Luisa son una verdadera rareza, ya que casi nada se conserva de ella, salvo dos poemas, un romance incorporado a *Enigmas ofrecidos a la casa del placer* y una décima acróstica en *Fama y obras póstumas*, esta última atribuida, ambos destinados a sor Juana. Pero estas cartas son la única escritura de carácter privado que ha subsistido, al menos, hasta ahora. En ese sentido pueden considerarse un *objeto-reliquia* como dijimos antes, únicos vestigios de la cultura material que la rodeó y como huella (grafía, escritura de puño y letra) de su persona. Las cartas permiten trazar una biografía de la virreina, de sus antecedentes familiares, de su destino nobiliario y político estrechamente ligado a la casa de los Austrias, a quienes acompañó en su cumbre pero también en su caída. De hecho, después de brillar en la corte como menina, dama de la reina, virreina de la Nueva España, y nuevamente camarera real, se ve confinada al exilio en sus últimos años tras la muerte de Carlos II en 1700, al igual que otros nobles que apoyaron la causa de los Habsburgo frente al reclamo Borbón, casa que finalmente sucede en el trono.

Recuperamos a través de estas cartas al sujeto histórico desconocido hasta ahora por el descuido con que el archivo ha tratado en general a los documentos femeninos. Es de notar, en este sentido, la mayor pervivencia de las cartas de varones, frente a la escasa presencia de los ejemplares femeninos, siendo la escritura una habilidad común entre las mujeres nobles a partir de la temprana modernidad. Esta falta de documentos es aún más pronunciada en el ámbito hispánico, con algunas excepciones como el caso de sor María de Ágreda, corresponsal de Felipe IV, cuya correspondencia pervive más por su carácter de consejera real que por su pertenencia al género femenino. En el ámbito francés, en cambio, contamos con el paradigma epistolar representado por Mme. De Sevigné, sin equivalentes en el mundo español de la época.

Las cartas de María Luisa son dos piezas autógrafas dirigidas, respectivamente, a su prima, María de Guadalupe de Lencastre, la duquesa de Aveiro, fechada en 1682 y a su padre, Vespasiano Gonzaga, fechada en 1687. Revela, en primer lugar, la experticia de su autora en el hábito epistolar, reflejado en el conocimiento de todas las convenciones del género. Así las fórmulas del exordio o de la *conclusio*, como en la carta dirigida a su padre de quien se despide como la “hija más rendida y obediente”, sintagma que podemos encontrar en otras cartas del XVII. Pero más allá del formulismo al uso, o juntamente con él, la escritura de las cartas de María Luisa tiene un alto componente emotivo, una retórica de las pasiones que se traduce no solo en expresiones de afectividad, sino también en una alta incidencia de la duda y la perplejidad, así por ejemplo la reiteración de la locución “me confunde” para referirse al nuevo mundo y a sus habitantes, o la firmeza tajante con que expresa opiniones y juicios referentes a temas públicos y políticos. Otra marca persistente en las cartas es la oralidad, ese vestigio conversacional propio del género, gracias al cual el acto de “escribir” es sustituido por el “hablar”, así dice en la carta a su añorada prima: “Querida, mucho temo te has de cansar con mis malos borriones pero todo lo que es *hablar* contigo es para mí de tanto gusto que no puedo dejar de solicitarlo ya que no puedo *hablarte* en otra forma.” (2015: 179 cursiva nuestra). La sintaxis, dominada por la oralidad y también por la evidente locuacidad de la virreina, por momentos se atropella y desordena, como si de una conversación se tratase, a lo que contribuye la falta de puntuación y mayúsculas propia de la ortografía de la época. La oralidad rompe el espacio acotado del papel para instalar su voz en los salones de la sociabilidad cortesana en Madrid, donde está su destinataria, la duquesa de Aveiro, con acotaciones llenas de agudeza, humor e ironía respecto al mundo metropolitano, del que ambas corresponsales conocen todas sus reglas e intrigas. Las cartas contienen, además, todos los tópicos propios de la carta trasatlántica, como lo son la queja por la distancia y la soledad, el anhelo de regreso, el deseo acuciante de recibir noticias o de “saber las cosas de allá” (Otte 1996: 26), el temor por la interrupción o pérdida de la comunicación.

La virreina privilegia la descripción del nuevo mundo y la necesidad de transmitir y requerir noticia por sobre el discurso confesional propio de la carta privada, si bien no excluye pasajes de introspección, donde manifiesta sus temores, se lamenta de su soledad, y da cuenta de sus

padecimientos para la concepción de un hijo. Las misivas revelan un mundo femenino complejo y abigarrado, una subjetividad rica y curiosa, abierta a temas muy diversos, donde aparece representado desde el mundo más íntimo hasta el escenario internacional. Así en la carta a la prima confidencia el haber sufrido la pérdida de una niña mujer y dice encontrarse preñada ya de dos faltas, mientras que en la dirigida al padre, cinco años más tarde, alude nuevamente a la maternidad, cuando ya es madre de José que cuenta con cuatro años, e intuye, acertadamente, que nunca más quedará encinta. Pero también tiene lugar la reflexión sobre el ámbito público, la vida colonial y la vida cortesana metropolitana, de la que se muestra ampliamente informada y sobre la cual exhibe juicios que van desde la mayor capacidad evangelizadora de la compañía de Jesús a los enfrentamientos entre España y Francia y las aspiraciones hegemónicas de esta última potencia, foco de las relaciones internacionales de la península en ese momento. Quien habla, recordemos, es una noble del riñón de la realeza española que ha sido y será nuevamente en su madurez dama de la reina Mariana de Austria. Su familiaridad con el ámbito público hace factible que pase de un tema al otro con toda naturalidad, como cuando menciona su embarazo y a continuación el esperado embarazo de la consorte de Carlos II, María Luisa de Orleans. La maternidad reviste así un doble valor: uno íntimo, concordante con las expectativas de una joven mujer de su rango y condición, y uno público, relacionado con la significación que la maternidad tenía en las esferas del poder. Recordemos que la maternidad fue un tema central en la poesía que sor Juana dedicó a la virreina, por lo que se vuelve un asunto a la vez privado y público, doble dimensión que tendrá en la obra de la poeta, que al mismo tiempo que dialoga con una de las inquietudes más profundas de su mecenas cumple con su función laudatoria del poder virreinal.

Me detengo en un fragmento de la carta dirigida a la condesa de Aveiro, a quien sor Juana destinara luego un notable romance epistolar, tema del que me he ocupado en otro trabajo. El pasaje contiene la primera descripción conocida de la condesa de Paredes sobre su protegida. Es una escena particularmente significativa ubicada en un punto de la carta donde María Luisa comunica a su prima los pocos momentos de esparcimiento y solaz, de amistad e intimidad, que encuentra en esta vida tan distante de la corte metropolitana y de sus afectos familiares:

Mucho te estimo que tomes el cansancio de participarme las novedades las cuales no te puedo corresponder con otras porque esta es una tierra que si no es las que llegan de allá no hay otras, que es insulsísima la tierra hacia eso y grande la soledad que de todos modos se padece, te aseguro. Pues otra cosa de gusto que la visita de una monja que hay en san Jerónimo que es rara mujer no la hay. Yo me holgara mucho de que tú la conocieras pues creo habías de gustar mucho de hablar con ella porque en todas ciencias es muy particular esta. Habiéndose criado en un pueblo de cuatro malas casillas de indios trujéronla aquí y pasmaba a todos los que la oían porque el ingenio es grande. Y ella, queriendo huir los riesgos del mundo, se entró en las carmelitas donde no pudo, por su falta de salud, profesar con que se pasó a San Jerónimo. Hase aplicado mucho a las ciencias pero sin haberlas estudiado con su razón. Recién venida, que sería de catorce años, dejaba aturcidos a todos, el señor don fray Payo decía que en su entender era ciencia sobrenatural. Yo suelo ir allá algunas veces que es muy buen rato y gastamos muchas en hablar de ti porque te tiene grandísima inclinación por las noticias con que hasta ese gusto tengo yo ese día. (Calvo-Colombi 2015: 177).

Si la carta es un refugio a su soledad y un espacio para explayar su intimidad, el locutorio de san Jerónimo en este pasaje de la misiva resulta un espacio especular, donde la virreina alimenta su intelecto, aviva los recuerdos de su prima distante, también una mujer docta como sor Juana, y encuentra contención y amistad. Este fragmento, además, contiene *in nuce* la leyenda sorjuanina, que seguramente otros relatores transmitieron o transmitirán en la corte española. Encontramos allí todos los tópicos de la vida de sor Juana después retomados por Diego Calleja en la primera biografía que acompaña a la edición de *Fama y obras póstumas*, pudiendo por ello considerarse un

genotexto de la *vida de autor* que las ediciones de la primera modernidad adosan a la publicación de la obra. Estos motivos constituyen una retícula retomada por los distintos panegiristas de sor Juana y que aquí se encuentran condensados en sus rasgos fundamentales. Se trata de: 1) el privilegio del tópico de la *humilitas* que insiste en el origen humilde de la monja amiga desarticulando el tópico del origen noble como requisito de la biografía del héroe/heroína, gesto que seguramente traduce la cosmovisión cristiana que María Luisa comparte con su interlocutora en España, la duquesa de Aveiro, conocida como la “madre de las misiones”; 2) el carácter de sor Juana como sujeto excepcional, “rara mujer”, rasgo que encontramos también en las estampas de las llamadas *mujeres fuertes*, género biográfico que circula desde el renacimiento y a las cuales se ajusta esta percepción de la excepcionalidad, 3) el argumento de la profesión religiosa no como canalización de una vocación espiritual sino como vía para huir de los “peligros del mundo”, dichos que coinciden con los expuestos por sor Juana años después en su *Respuesta a sor Filotea*, por lo que podemos presumir algún tipo de confianza compartida al respecto; 4) el tópico de la “frágil salud” que la hace salir del convento de carmelitas para profesar en san Jerónimo, tema también presente en Diego Calleja y en la propia sor Juana en su *Respuesta*, así como en otros escritos, lo que encubre otra trama menos pública pero más real, esto es, el menor rigor en la vida religiosa del convento de san Jerónimo que haría más llevadera la elección instrumental de la clausura 5) el saber autodidacta de sor Juana, aludido por María Luisa como ciencias adquiridas “sin haberlas estudiado con su razón”, es decir, sin la mediación de instituciones o maestros, cuestión a la que la propia monja alude en la *Respuesta* y en su último romance, el 51, destinado a las plumas de Europa 6) el “pasma” o “aturdimiento” que este saber produce en sus contemporáneos al punto de hacerlos dudar si se trata de un saber sobrenatural, esto es, infundido por Dios, o adquirido por el estudio. El relato está, asimismo, enmarcado en un contexto determinado: la soledad y la falta de noticias de las que se lamenta la virreina, por lo que la figura de sor Juana resulta un doble paliativo a esta situación. Es compañía, amistad femenina, intercambio intelectual y lazo afectivo, circunstancias todas que la virreina desea compartir con su más estrecha amiga al otro lado del Océano, su destinataria y admirada prima, la duquesa de Aveiro. Si la tierra mexicana es “insulsísima” por la falta de noticias, en palabras de la virreina, sor Juana compensa sobradamente esta carencia con su inagotable fuente de saber y su pasmosa habilidad en todas las ciencias. El fragmento transmite también algo inédito, la percepción de la virreina del valor de estos encuentros y de la frecuencia de los mismos, así como el sentido que tenían para ambas de disfrute intelectual e intercambio personal. En esta escena epistolar María Luisa funde las virtudes intelectuales de sor Juana con las de su prima, la duquesa de Aveiro, mujer reconocida en su tiempo por su sabiduría y erudición y establece un triángulo virtuoso femenino, en que sus interlocutoras (en México y en España) están adornadas por el conocimiento y las letras. Pero además, la cita transmite la privacidad compartida en ese “ámbito de la intimidad” en el que fácilmente pudo convertirse el locutorio de san Jerónimo, sala del diálogo, del intercambio interpersonal, de la confianza entre sujetos que se reconocen en la libre elección. En este sentido, es de reparar la incidencia de la palabra “gusto” que aparece tres veces en el fragmento leído, entrando en sintonía con “holgarse” y “buen rato”, lo que traduce el sentido festivo y a todas luces estimulante de estas entrevistas. El fragmento, como el resto de la carta, revela una sensibilidad femenina aguzada, una formación humanista demostrada en su interés y curiosidad por el Nuevo Mundo y su simpatía por las figuras intelectuales que la rodeaban en México, como los misioneros jesuitas de quienes alaba sus prendas intelectuales en su carta, así como de la propia sor Juana. Si María Luisa fue la primera destinataria de muchas piezas sorjuaninas, podemos inferir que fue también su primera lectora. La carta prefigura a la mecenas, nuevo rol femenino que junto con la autoría despunta en ese siglo XVII hispánico, ya que años más tarde la virreina emprenderá la ingente tarea de publicar *Inundación castálida*. Las cartas de María Luisa, cuartillas amarillentas por el paso del tiempo, escritas con letra veloz y enérgica, que atravesaron ida y vuelta el Océano como su dueña, iluminan ahora el sujeto femenino que hizo posible tal afortunado evento.

BIBLIOGRAFÍA

Calvo, Hortensia y Beatriz Colombi (2015). *Cartas de Lysi. La mecenas de sor Juana Inés de la Cruz en correspondencia inédita*, Madrid, Iberoamericana.

Chartier, Roger (1993). “Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares”, *Libros, lecturas y lectores en la Edad moderna*, Madrid, Alianza Editorial.

Colombi, Beatriz (2000). “Hablar apasionada: la carta de Monterrey de Sor Juana Inés de la Cruz”. Melchora Romanos (coord.), *Lecturas críticas de textos hispánicos. Estudios de Literatura Española Siglo de Oro*, Vol. 2. Buenos Aires, Eudeba, 415-421.

Colombi, Beatriz (2015). “*Mulier Docta* and Literary Fame: The Challenges of Authorship in Sor Juana Inés de la Cruz”. Ileana Rodríguez and Mónica Szurmuk (eds.), *The Cambridge History of Latin American Women's Literature*, New York, Cambridge University Press, 81-96.

Otte, Enrique (1996). *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616*, México, Fondo de Cultura Económica.

Ranum, Orest (1989). “Los refugios de la intimidad”. Philippe Ariès y Georges Duby (eds.), *Historia de la vida privada, Tomo 3, Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 211-265.

Zanetti, Susana (1997). *La novela latinoamericana de entresiglos (1880-1920)*, Buenos Aires, Instituto de literatura hispanoamericana-Universidad de Buenos Aires.

Susana Zanetti (2002). *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.